

# El Cura Merino, sacerdote y cruzado de España

---

El día 12 de noviembre de 1844, un anciano y venerable sacerdote español entregaba su alma a Dios en la ciudad de Alençon, sita en la región francesa de Normandía. El texto, traducido del francés, de la escuela de defunción rezaba así: «Dignaos asistir al entierro y ceremonias de la inhumación del Excelentísimo Señor Don Jerónimo Merino, Mariscal de Campo, condecorado con las grandes Cruces de las Ordenes Militares de San Fernando, Isabel la Católica y de la Orden distinguida de Carlos III, etc., etc., acaecida su muerte a los 77 años, después de recibir los Santos Sacramentos de la Iglesia. Los funerales tendrán lugar en la Iglesia de San Pedro de Monsort. Se despide el duelo en la Iglesia. Suplican una oración por el eterno descanso de su alma sus parientes y amigos. Descansen en paz. Alençon, 13 de noviembre de 1844».

España tuvo prácticamente olvidado a este sacerdote burgalés, uno de los héroes más esclarecidos de la Guerra de la Independencia, fenómeno doloroso bastante frecuente, por desgracia, en la historia de algunos de nuestros prohombres. El día 22 de junio de 1962, un grupo de entusiastas españoles, a fuer de burgaleses, se encuentran frente al mausoleo que manos francesas construyeron en honor del Cura Merino en el Cementerio de Nôtre Dame de Alençon y que guardaban desde hacía ciento dieciocho años los restos mortales del célebre guerrillero. Allí se dieron cita, con las autoridades de la Prefectura del Departamento de Orne, uno paisanos y amigos de Merino capitaneados por José María Codón, alma de esta legítima y laudable reivindicación del Párroco de Villoviado. Reconocidos los restos por el Médico Forense Sr. Ruiz Valverde, y después de un sencillo y piadoso homenaje en el que se mezclaron los rezos con las encendidas frases de elogio para el olvidado patriota

español, los despojos de Don Jerónimo colocados en un arcón, atravesaron el puente fronterizo de Irún, rindiéndoselo los honores militares al hacer de nuevo su entrada en la España de sus amores.

El día 23 de junio, veinticuatro horas justas después del acto de la inhumación, Don Hilario Pérez García, como primera autoridad de la villa de Lerma, y el Reverendo Don Feliciano Ezquerro Contreras, Párroco de Lerma, como representante de la jerarquía eclesiástica, suscribían el acta de la recepción de los mortales despojos, quedando depositada la urna, provisionalmente, en la iglesia de San Juan, a donde fue trasladada en procesión silenciosa, a hombros de paisanos suyos, vecinos del cercano pueblo de Villoviado.

Toda España estuvo presente en estas honras fúnebres a través de la prensa, radio y televisión, que se hicieron eco de este acto de desagravio a uno de sus héroes nacionales. Burgos, rico en hombres ilustres y que no siempre ha sabido justamente justipreciar, vibró de entusiasmo en esa patriótica efemérides. Hace tan sólo dos años se repetía esta obra reivindicativa con otra figura burgalesa de relieve nacional e internacional en el campo de las artes, el célebre organista de Felipe II, el músico ciego y admirable compositor, Antonio de Cabezón, apellidado el «Bach español», nacido asimismo en un lugarejo de la geografía burgalesa, que responde al típico nombre de Castrillo de Matajudíos. La España de nuestros días, con el vigoroso impulso patriótico que ha sabido inyectarle el glorioso Movimiento Nacional, va despertando el recuerdo de esas beneméritas como olvidadas glorias nacionales. Hoy le ha tocado ese honor al Cura Merino.

Por muchos y justificados títulos era acreedor a este homenaje nuestro Don Jerónimo Merino, reputado por el mismo Napoleón como su mayor rival en la guerra de la Independencia, y de cuya personalidad guerrillera el vencedor de Austerlitz lanzó esta significativa frase: «Prefiero la cabeza de este Cura a la conquista de cinco ciudades». El gran historiador del tradicionalismo español, Melchor Ferrer, afirma rotundamente que «fue una de las figuras que alcanzaron mayor relieve en las luchas contra las tropas invasoras de Napoleón y cuya historia militar causa todavía admiración», y «cuyas principales proezas y originalidades más interesantes, —al decir de su moderno biógrafo Eulogio Ruiz Casavieja—, tales glorias granjearon al valiente Cura de Villoviado, haciendo volar su nombre en lenguas de la fama y consignáronle en los fastos europeos del siglo XIX». En nuestros días, el Teniente Coronel Horta le encuadra entre los «cuatro grandes de la Independencia» y la publicista María Blanca Ferrer proclama que «fue un sacerdote temeroso de Dios, de corazón muy bueno y gran defensor de la fe» y cuya línea de

actuación en la vida se centró en esta triple ejecutoria: «sacerdote primero, gran español y gran soldado después». El religioso carmelita Fray Valentín de la Cruz, le llama «el caudillo, el cruzado de la causa, el padre de los soldados y de los pueblos perseguidos, el ministro de Dios, vengando a Dios». Para Tico Medina «fue el más grande guerrillero de que tuvo conciencia España desde los tiempos de Viriato», alcanzando los límites de la epopeya, rosario de alabanzas que cierra José María Codón, con esta frase lapidaria: «Fue el guerrillero que más fervor religioso y valor patriótico imprimió a la guerra de la Independencia, que nunca fue vencido en ella, ni en el monte ni en el campo de batalla».

A este ilustre sacerdote, cruzado de España, se le rindió un homenaje nacional el pasado día 2 de mayo en la villa ducal de Lerma, coincidiendo con el aniversario de la gesta gloriosa iniciada por los héroes del pueblo de Madrid, actos solemnes que fueron presididos por el Excelentísimo Sr. Subsecretario del Ministerio del Ejército, realizados con la presencia de gloriosos Caballeros laureados y a los cuales se sumaron las autoridades de la provincia burgalesa y fuerzas vivas de toda la geografía española. Los restos del Cura Merino descansan definitivamente en un severo monumento sepulcral que se alza en la plazuela, recientemente restaurada, del convento de Santa Clara de Lerma, convento y ciudad que tanto supieron de las andanzas, bondades y triunfos del famoso Cura de Villoviado.

El Cura Merino no ha tenido ni buena historia ni mejor prensa. Ya veremos más adelante la sinrazón de este contrasentido histórico. Merino fue sacerdote y párroco. Yo, hermano suyo en el sacerdocio, quiero contribuir con mi granito de arena a descorder los tupidos velos que han ocultado la figura limpia de este ministro del Señor y servidor de la Patria. Durante toda su vida de actuación parroquial y guerrillera nunca dejó de ostentar con dignidad su sagrada misión sacerdotal, y los que lucharon a sus órdenes o le trataron de cerca supieron mucho de sus santas costumbres y de su celo por la gloria de Dios. La religión y la Patria fueron sus dos grandes amores. Movido únicamente por esos dos sublimes ideales, abandonó temporalmente el ministerio parroquial para lanzarse, como auténtico Cruzado español, a deshacer entuertos, cual otro Alonso Quijano, por los caminos de la España eterna ignominiosamente herida en sus más vivos sentimientos.

### **Una premisa interesante**

Al enjuiciar la vida de un personaje deben ser tenidas muy en cuenta las diversas circunstancias del medio ambiente en que se desen-

volvió su actuación, a tenor del pensamiento orteguiano del «yo soy yo y mis circunstancias». La idiosincrasia del sujeto, los encuadres del lugar y del tiempo junto con los móviles que alentaron su obra, son factores que pueden brindarnos la justa medida para explicar la responsabilidad de sus actos. Conductas de personajes de otras épocas que según nuestra peculiar mentalidad moderna, nos parecen extrañas e incluso censurables, miradas a la luz de los tiempos en que vivieron, se nos ofrecen como hechos naturales e inclusive laudables. Me explicaré con una realidad observada en nuestros días.

El Concilio Vaticano II ha cambiado no pocas de las estructuras en la Iglesia. Se han operado cambios sensibles en las ideas del ecumenismo y en el campo de la liturgia. Nuestros abuelos y, sobre todo nuestras abuelas, se rasgarían las vestiduras, dada su mentalidad tradicional, al observar las mutaciones introducidas en los ritos culturales de la Misa y de los Sacramentos, así como en el sentido de la convivencia comunitaria dentro de nuestros templos de cristianos, judíos y protestantes. La intrepidez y el celo ardiente de nuestros antiguos misioneros les llevó a predicar la fe de Cristo públicamente en territorios de infieles, abominando de las herejías de las otras religiones, hecho que chocaría en esta nueva era de convivencia de pueblos y religiones. La Santa Inquisición, que en siglos pasados fue un baluarte contra los heresiarcas, es considerada en nuestros tiempos como innecesaria y por no pocos como contraproducente. En otro orden de cosas, los avances revolucionarios introducidos hoy día en la moda y en las costumbres, como la minifalda y los atuendos de la juventud «yeyé» junto con las músicas y bailes modernos, escandalizaría a nuestros antepasados al tiempo que a un gran sector de la sociedad moderna le van pareciendo de una corriente normalidad. A nuevos tiempos se imponen nuevas mentalidades.

Este hecho indiscutible de que las circunstancias contribuyen a responsabilizar la vida y las obras de los individuos y de la sociedad, tiene naturalmente su aplicación cuando nos decidimos a juzgar a los hombres en el marco de su correspondiente cielo histórico. Por ello, la existencia de sacerdotes guerrilleros en el caso concreto de la Guerra de la Independencia no debe sorprendernos, si analizamos el fenómeno humano y social desde el ángulo histórico en que les tocó vivir. Tanto la autoridad civil como la eclesiástica, sin excluir al pueblo sencillo y de buena fe, no reprimió sino que, por el contrario, alentó y aplaudió a los Ministros de la Iglesia que en aquella circunstancia crucial de la historia de España empuñaron las armas y se lanzaron a la guerra, movidos por los sagrados ideales de la religión y de la patria. La lucha contra los invaso-

res franceses fue un toque de guerra que llamaba a las armas a todos los españoles, como lo expresa la coplilla del poeta.

•Y cuando en hispana tierra  
pasos extraños se oyeron,  
hasta las tumbas se abrieron  
gritando: Venganza y guerra».

Por eso, no debe extrañarnos que el santo apóstol de Andalucía, el predicador de la semilla de Paz y Bien por toda la geografía española, el Beato Diego de Cádiz, pensando en Dios y en su Patria, lanzara este patriótico grito de santa rebeldía dirigido a todos los españoles de 1808: «Armate oh pueblo, de un furor santo y con toda seguridad de conciencia, empéñate en disipar a unas gentes que nos hacen la guerra tan injusta».

### La Iglesia ante la guerra

La Iglesia de Cristo quiere la paz y la busca por todos los medios. Cristo, su fundador, es el príncipe de la paz y el rey pacífico por excelencia. Su presencia en la tierra fue saludada por los ángeles con este himno que resonó en una estrellada noche por los campos betlemitas: «Gloria a Dios en los cielos y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». Su Evangelio es mensaje de paz y de amor. La Iglesia, obra maestra salida de sus manos, es una verdadera y perfecta sociedad dentro del concierto universal de todas las naciones del mundo, pero la única que no tiene ejércitos, tanques, cañones, aviones... Solamente conserva, para ornato de las ceremonias oficiales, una modesta y pacífica guardia suiza. La Iglesia, por el magisterio de sus pastores, ha estado siempre en vanguardia para salvaguardar, por todos los medios a su alcance, el derecho de gentes, los principios de la justicia, los derechos de los pueblos y la convivencia pacífica de todos los individuos. Valga, como botón de muestra, la magistral Encíclica «Pacem in terris» del bondadoso Juan XXIII, y los viajes y proclamas del Pontífice reinante Pablo VI, Embajador de Cristo cerca de todos los Gobiernos, para lograr que la verdadera paz florezca en todos los pueblos y en todas las almas. Y alineados con el supremo Pastor, los Obispos, sacerdotes y fieles claman por que la rosa de la paz perfume las relaciones públicas y privadas de todos los estamentos sociales de la tierra, haciendo realidad el grito del profeta Isaías, 2, 4: «De sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas hoces. Las naciones no levantarán ya más la espada una contra otra, y jamás se llevará a cabo la guerra». El Concilio Vaticano II «al tratar de la nobilísima y au-



téntica noción de la paz, después de condenar la crueldad de la guerra, pretende hacer un ardiente llamamiento a los cristianos para que con el auxilio de Cristo, autor de la paz, cooperen con todos los hombres a cimentar la paz en la justicia y el amor y a aportar los medios de la paz». En la Constitución «Gaudium et Spes» que estudia la Iglesia en el mundo actual, recogiendo los votos de todos los Obispos del mundo reunidos conciliarmente en Roma, «llama insistentemente la atención de todos los cristianos para que, viviendo según la verdad en la caridad, se unan con los hombres realmente pacíficos para implorar y establecer la paz». Esta ha sido la constante histórica de la Iglesia y de sus Ministros.

Pero hay ocasiones y circunstancias especiales, por ejemplo, cuando estén en serio peligro los supremos valores de la religión y de la patria, en que la Iglesia, agotados todos los medios políticos y diplomáticos, aprueba e incluso bendice el ejercicio de las armas, siempre que se observen naturalmente las debidas cautelas y no sufra detrimento el derecho, la justicia y la caridad. Por eso el mismo Vaticano II puntualiza en el número 79 de la «Gaudium et Spes»: «Pero una cosa es utilizar la fuerza militar para defenderse con justicia y otra muy distinta querer someter a otras naciones».

El libro sagrado de la Biblia celebra las acciones guerreras de los caudillos del pueblo de Israel que lucharon contra los enemigos de Jehová que se empeñaban de borrar en las tierras palestinesas todo culto al verdadero Dios, suplantándolo por una abominable idolatría. Como ejemplo típico de esa laudable mención bíblica están los hechos de los hermanos Macabeos. En el capítulo primero, versículos cincuenta y ocho y cincuenta y nueve escribe el autor sagrado: «Dijo Judás a los suyos: preparaos y portaos como valientes, prontos a luchar mañana temprano contra estas gentes que se han reunido contra nosotros, para destruirnos y destruir el santuario. Mejor es morir combatiendo, que contemplar las calamidades de nuestro pueblo y del santuario». El mismo mansísimo Jesús, como refiere San Marcos en el capítulo once, versículos quince al diecisiete de su Evangelio, al contemplar cómo el templo había sido convertido en un ruidoso mercado y casa de ladrones, no tuvo inconveniente en tomar unos cordeles en sus delicadas manos para arrojar del templo a los vendedores y traficantes.

La licitud de la guerra ha sido defendida por nuestros teólogos y juristas, entre los cuales destaca el eximio dominico teólogo burgalés Padre Francisco de Vitoria, el representante más genuino de la Escuela española, fundador del Derecho Internacional y autor de las celeberrimas «Relecciones», entre las cuales destaca su insuperado tratado «De Jure belli» o Del Derecho a la guerra. El P. Vitoria es categórico en su afirma-

ción de que la guerra puede ser no sólo lícita sino incluso necesaria en determinadas circunstancias, cuando, así lo exige la salvaguardia de los inalienables derechos de la justicia de los pueblos y los valores religiosos y sociales de las naciones, siempre y cuando en la lucha se elimene todo sentimiento de odio y saña solamente se busquen el triunfo de los humanos y cristianos ideales de la convivencia pacífica de los ciudadanos y el disfrute del ejercicio pacífico de los derechos del hombre y de la sociedad, sellados por la ley.

La historia de la Iglesia, por otra parte, corrobora con los hechos esta doctrina. Espiguemos y mencionemos tan solo algunos casos. El Papa Urbano II bendice a los combatientes de Godofredo de Buillon, entre los cuales había pocos clérigos, que luchan en el país de Jesús para rescatar de los invasores musulmanes los Santuarios de los Santos Lugares. San Pío V toma parte decisiva en la organización y desarrollo de la gran empresa bélica en la que Juan de Austria y sus valientes soldados, entre los que se alistaba el príncipe de las letras españolas, escriben con sangre y heroísmo, en defensa de la fe, una de las páginas más brillantes de la historia universal en las turbulentas aguas de Lepanto.

Prelados de la Iglesia se pusieron, no pocas veces, al frente de los ejércitos en lucha contra los enemigos e invasores de la fe y de la patria. Por lo que respecta á España, la historia nos presenta las figuras, aureoladas de grandeza y de victoria, del obispo Diego Gelmírez, Gobernador General de Galicia, creador y organizador del primer poder naval de España y que tanto contribuyó en la obra de la Reconquista; al arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, activo colaborador de Alfonso VIII de Castilla en la preparación de la guerra contra los almohades, el cual montado en su caballo blanco acompañó a los soldados en el campo de batalla en las Navas de Tolosa y que más tarde fue compañero inseparable del rey San Fernando en sus luchas contra los musulimes; a Francisco Ximénez de Cisneros, el hijo fidelísimo del «mínimo y dulce Francisco de Asís», paladín incansable de la expansión española en tierras del Norte de África y colaborador decisivo del capitán Pedro Navarro que mandó el ejército, organizado por el Cardenal Cisneros con cargo a las rentas de la mitra toledana, que se apoderó de Orán. La pasada Cruzada española de 1936 fue bendecida por todo el Episcopado español y mereció los oficiales plácemes del Papa Pío XI.

Por ello, no es de extrañar que a lo largo de la historia nos encontramos a miembros del clero secular y regular alistarse en los ejércitos cristianos para batallar contra los enemigos de la Iglesia y de la Patria. Por sólo citar un ejemplo, en el Cantar de Mío Cid puede leerse cómo el arzobispo de Toledo, llamó al monje cluniacense Jerónimo Perigond para

que desde Francia se traslade a España a fin de ponerse al frente de las fuerzas cristianas que luchaban contra el invasor sarraceno.

Este monje francés, consagrado obispo por el Papa Urbano II, y que al decir del juglar del «Mio Cid» era «bien entendido en letras» pero «mucho esforzado» pidió al Cid la honra de herir los primeros golpes en las batallas, tomando parte activa en los cercos de Almenara y de Murviedro, en la región de Valencia y en cuyos labios pone el Cantar de Mio Cid estas palabras:

«por eso salí de mi tierra e vín vos buscar  
por saber que avía de algùn moro matar;  
mi orden e mis manos querríales ondrar».

(MIO CID, cantar 116).

La doctrina de la Iglesia sobre la licitud de la guerra y su palmaría confirmación mediante la actuación llevada a cabo por seglares y sacerdotes en el curso de la historia, nos da la clave para enjuiciar la conducta de los sacerdotes guerrilleros en la Guerra de la Independencia.

### La guerra de la Independencia

La guerra de la Independencia marca un hito glorioso en la historia de España. La debilidad de los poderes públicos y las intrigas secretas de algunos Ministros de la Corona, capitaneados por Godoy, hicieron posible el paréntesis vergonzoso en que los destinos sagrados de la Patria pasaran a manos extranjeras. Carlos IV y Fernando VII cayeron en la celada urdida y tendida en el tristemente célebre Tratado de Bayona, en fuerza del cual el rey fue depuesto del Trono y fue nombrado para sustituirle José Bonaparte más comunmente conocido con el apodo de Pepe Botellas. El poderío de Napoleón Bonaparte vió cómo su estrella de conquistador de pueblos cobraba nuevo brillo con la inesperada e injustificada invasión de las tierras de España.

La presencia en nuestro solar patrio de los ejércitos imperiales de Napoleón trajo consigo la abolición por la fuerza de los derechos y prerrogativas del pueblo español, que eran legado intocable de la historia patria. Como es corriente en estas guerras invasoras, se allanaron las moradas de los pacíficos vecinos de los pueblos y ciudades y el robo y la destrucción campó por sus anchas a todo lo largo y lo ancho de la piel de toro del solar patrio. Esa ola extendió sus aguas devastadoras en los bienes de la iglesia. Ardieron los conventos y se incendiaron las iglesias, llevándose entre sus cenizas las ricas obras de arte, sobrantes del robo y latrocinio. Perdieron la vida indefensa no pocos sacerdotes y religiosos y militares clérigos sufrieron en sus carnes el odio de la persecución. La



invasión napoleónica, con la secuela inmediata de ideas liberales y anticristianas, supuso para España perder lo que había logrado conquistar a costa de tantos años de lucha en la Reconquista: una nación independiente, con un código de leyes tradicionales, tanto políticas como religiosas. El ser o no ser de España estaba, pues, en litigio.

A la vista de este sombrío panorama que ofrecía el territorio español invadido, dado el espíritu racial de independencia que caracterizó siempre a los españoles, no resulta extraña sino muy natural la Cruzada iniciada el 2 de mayo de 1808 en las calles y plazas de Madrid, episodios heroicos de un pueblo, magistralmente llevados al lienzo por el genial maestro de la pintura, el sordo de Fuendetodos, Francisco de Goya y Lucientes. Por todos los rincones de la Patria resonó el clarinazo patriótico de «guerra al francés» y en ese movimiento de Cruzada se fundieron las gentes de todos los pueblos y ciudades. Los hijos de España, sobre todo de las clases más sencillas y populares, dieron una nota de verdadera exaltación patriótica, escribiendo, rubricado con su sangre generosa, uno de los capítulos más bellos de la historia. Daoiz y Velarde, el Teniente Ruiz y Espoz y Mina, Agustina de Aragón y María Pita, y como encarnación del pueblo, el Alcalde de Móstoles, constituyen un testimonio fehaciente de lo que es capaz un pueblo levantado en armas contra elementos infinitamente superiores en medios y organización castrense, cuando en el alma de los combatientes anidan los sublimes ideales de la religión y de la patria. Alistados en los ejércitos regulares capitaneados por generales del temple de Castaños o Alvarez de Castro, o sumados a las partidas guerrilleras las gentes de la gleba las majas y los chisperos, los labriegos del agro y los señoritos de la ciudad, todos a una, se lanzaron con entusiasmo reprimido a la lucha contra los que pretendían socavar los cimientos y minar en su raíz los principios tradicionales que hicieron grande a la España de Isabel la Católica y Felipe II. Como fruto sazonado de esa auténtica Cruzada de todo el pueblo español, ahí está escrita con letras de oro y de sangre una de las páginas más brillantes y gloriosas de la historia de España.

### Actitudes diversas

En esa nobilísima efemérides de la nueva Reconquista de la Patria aparecen diversas actitudes. No faltaron los llamados «afrancesados», espíritus conformistas que se plegaron a los hechos consumados y al ideario y político de los nuevos dominadores y gobernantes. En ese grupo, no muy numeroso, encontramos a los mismos de siempre: los cobardes, los acomodaticios, los ambiciosos, preocupados más de su modro personal y

vida facilitona que de los altos intereses religiosos y patrióticos. A este grupo su sumaron no pocos de los intelectuales liberaloides, sin Dios y sin Patria, que ya antes de la invasión, eran suicidas apátridas. Fueron los menos.

Hubo otro sector que, dada su posición social en la vida pública española, aunque en el fondo de su espíritu eran enemigos declarados de las fuerzas invasoras, creyeron más conveniente, en servicio de la Patria, no romper abiertamente sus relaciones externas con los dominadores gobernantes, y escogieron el camino de un aparente colaboracionismo, trabajando ocultamente, por todos los medios, contra el poder constituido. Formaban esta agrupación los que podríamos apellidar la «quinta columna». Vivían principalmente en las ciudades ocupadas, pero continuaban en estrecha relación con las Juntas Nacional y Provinciales de Defensa. En toda la historia de la guerra de la Independencia resaltan ilustres figuras, lo mismo en los medios civiles que en los eclesiásticos, los cuales desde sus puestos de gobierno contribuyeron eficazmente al triunfo de España sobre las huestes napoleónicas.

El tercer grupo, el más numeroso y entusiasta, lo formaban los españoles de todas las clases sociales, hombres y mujeres de pueblos ciudades y aldeas, que lucharon de forma directa contra las fuerzas invasoras, alistándose en las filas de los ejércitos regulares o engrosando las célebres partidas de guerrilleros. Paisanos de toda la geografía española se echaron a la calle o se fueron al monte, empuñando toda clase de armas, encontradas a mano, y constituyeron la pesadilla y el terror de los flamantes regimientos franceses. Lo que hoy está sucediendo en el sufrido pueblo del Vietnam, lo ensayaron con brillante éxito nuestros guerrilleros. La guerra de la Independencia fue una auténtica Cruzada de todo un pueblo que no se resignaba a morir en su independencia y en sus tradiciones políticas y religiosas.

### **Los franceses en Burgos**

Burgos y su provincia, por su situación geográfica, fueron paso obligado de las tropas napoleónicas que se dirigían a la capital de España. La capital de Castilla jugó un papel importante en la marcha de las hostilidades. Después de la sangrienta batalla de Gamonal, el General Lasalle llevado de su odio y ferocidad, después de la ocupación de la ciudad burgalesa, sembró por todas partes la desolación y la ruina. Napoleón, hizo su entrada en la ciudad el 11 de noviembre de 1808, cesando por unos días los desmanes. Burgos se convirtió en cuartel de numerosas guarniciones y en sede de grandes almacenes militares. Las villas y pue-

blos burgaleses fueron campo de batalla y los ejércitos franceses mordieron no pocas veces el polvo de la derrota en lucha con los patriotas, paisanos de El Cid, que nutrieron las filas de las tropas de línea o engrosaron las partidas guerrilleras.

Las derrotas sufridas por el francés les llevó a sembrar el luto y la orfandad por toda la geografía burgalesa. En el escrito-exposición que la ciudad, fundada por Diego Porcellos, dirigió al rey en 1820, se hace un resumen de los sufrimientos de Butgos durante el período de la guerra, con estas palabras: «Además de los inmensos daños que consiguientes a la esclavitud sufrió de su tiránico gobierno, fue tal el destrozo de sus edificios que se ven en la falta de más de ochocientas casas, cinco parroquias magníficas y nueve conventos que arruinaron dentro de su casco, sin otros muchos que dejaron maltratados y de muy costosa reparación; con los materiales de estos edificios, fortificaron un hermoso castillo, que existía en la cima de una montaña que domina la ciudad, construyendo otras muchas obras de defensa para su numerosa guarnición que hicieron inexpugnable a costa de los pobres habitantes., que hicieron servir como bestias de carga, para que pusiesen al pie de los fortines los mismos despojos que habían constituido su abrigo y habitación». Al ser expulsados de la ciudad el 1 de junio de 1813, por los patriotas burgaleses, los franceses hicieron volar el castillo, causando los mayores daños en los edificios existentes en la ciudad. Esa ola de terror se extendió asimismo por todos los pueblos de la provincia. Por eso no es extraño que las ciudades se despoblaran y los pueblos se quedaran sin gente ya que, todos hombres y mujeres, se lanzaron al combate contra el usurpador de vidas y haciendas. Entre esos millares de combatientes no faltó la representación del clero secular y regular. Emergiendo, como figura estelar, aparece un joven sacerdote burgalés que, al contemplar conculcados los valores políticos, sociales, artísticos y, sobre todo, religiosos de su nación y de su patria chica, se decide a abandonar la paz de su parroquia rural para entregarse, con el calor de sus años mozos, a las duras jornadas de la guerra.

## El Cura de Villoviado

Villoviado es un pueblecito de la provincia de Burgos, perteneciente al partido judicial de Lerma, sito en el riente valle de Solarana. Estas Navidades lo visité en compañía de mi buen amigo Codón. En la actualidad cuenta con una veintena de vecinos, unos pocos más o menos, de los que tenía en 1808. Sus habitantes se dedican a las labores de la agricultura y ganadería. Sus actuales habitantes sienten una fervorosa admiración y

alta estima por su paisano el Cura Merino, y resulta emocionante escuchar de labios de estos labriegos los hechos guerreros y las gestas llevadas a cabo por el heroico sacerdote guerrillero.

El pueblo, situado en un pequeño valle regado por el Arlanza, se ve contorneado por un monte bajo que emerge sobre la llanura castellana. Todavía existen en el pueblo recuerdos de los tiempos de Don Jerónimo. Sigue en pie la casa en donde nació, la Casa rectoral que edificó y sobre cuya fachada campea una lápida colocada en honor del Cura Merino, con ocasión de la efemérides centenaria en 1908, la iglesia parroquial, reconstruída con solidez y exquisito gusto a expensas de sus ahorros, y en cuyo frontispicio tuvo la ocurrencia humorística de colocar un escudo en piedra con los símbolos de los instrumentos musicales que le obligaron a cargar los franceses.

El Cura Merino nació en Villoviado el 30 de septiembre de 1769, hijo del matrimonio Nicolás Merino y Antonia Cob. Sus padres eran modestos labradores, circunstancia que contribuyó. siendo niño y luego de mozo, a que supiera de los rigores de la vida campestre y pastoril. A los nueve años abandona el pueblo, y bajo el patronazgo de un tío suyo que era Párroco de Villoviado, inicia sus estudios de latinidad en la Colegiata de Lerma, con la mira de seguir la carrera eclesiástica. La muerte inesperada de su hermano mayor truncó este su primer proyecto vocacional, ya que se ve obligado a regresar a Villoviado para llenar el vacío que había dejado en casa la muerte del primogénito de la familia. Hasta la edad de dieciocho años ayuda a sus padres en las faenas agrícolas y, en el oficio de pastor. Este ambiente pastoril le brindaría ocasión para conocer todos aquellos montes y cerros, con sus escondrijos y robledales, noticias que un día le servirían de gran utilidad en su nuevo cometido de guerrillero. De esta época proviene y arranca su afición a la caza y su perfecta puntería en el uso de la escopeta, en cuya profesión fue un consumado maestro. A este respecto escribe Gregorio Marañón: «Era tan admirable tirador, que, con frecuencia, yendo a caballo mataba, sin datenerse, una perdiz al vuelo de un sólo tiro. Tenía pasión por la vida activa al aire libre: a ella se entregaba todo el tiempo que no le ocupaba su ejercicio militar, y a esto se debían sus excelencias como tirador y caballero. Era considerado —conduje Marañón— como el primer jinete de España.

Muere su tío el Párroco de Villoviado, y ahora bajo el mecenazgo del Abad de Covarrubias, reemprende sus estudios eclesiásticos de filosofía y teología en la histórica y monumental villa burgalesa. Ordenado sacerdote, en 1796 toma posesión de la parroquia de su pueblo natal. Los cronistas de la época nos han transmitido la estampa física y moral del nuevo Párroco. Era de robusta complexión, muy velludo, y de una talla

de un metro setenta y cinco centímetros. De carácter nervioso y alegre, era muy dado a las obras caritativas, por el cual era muy apreciado por todos los feligreses. Como el trabajo parroquial no era muy intenso, dado lo reducido de la localidad, podía disfrutar unas horas para dedicarse a la caza, su deporte favorito.

Un hecho transcendental en la historia de España vino a interrumpir aquella su vida tranquila y pacífica. El ejército francés, a las órdenes del General Dupont, atraviesa el Bidasoa en noviembre de 1807, con un ejército de veinticuatro mil infantes y tres mil quinientos caballos. En su marcha a la capital de España, son invadidos los pueblos y tierras de la provincia de Burgos. El 16 de enero de 1808 una compañía de cazadores franceses acampa en el pueblecito de Villoviado. Los soldados franceses, como era su costumbre, requisan acémilas y vituallas y obligan a los vecinos del pueblo a que carguen con los bagajes. El Cura Merino no se vió libre de esta humillación. Algunos autores, entre ellos Marañón, afirman que «le arrancaron del altar cuando celebraba misa y le obligaron a ir hasta Lerma cargado con un instrumento de música de gran tamaño». Esta acción humillante le hirió en lo más vivo y profundo de su alma, y, según nos ha transmitido una leyenda, al llegar a la villa ducal con el bombo y los platillos, en presencia de algunos oficiales franceses que continuaban haciéndole objeto de sus motas y escarnios, el Cura Merino, encarándose con ellos, al par que ponía los dos dedos en forma de cruz, les dijo con voz recia: «Os juro por ésta, que me la habéis de pagar». Sea o no verídico este episodio, lo cierto es que, habiéndose podido escapar de Lerma, y de regreso a su pueblo, tomó la decidida resolución de dedicarse a guerrillero. Y nuestro Cura no se anduvo en chiquitas. Dicho y hecho.

### El cura Merino, guerrillero

El Cura Merino en compañía de un criado de su casa, abandona el pueblo y marcha a los montes cercanos que dan vista al camino real que desde Burgos conduce a Madrid. Armado de una carabina inicia su actuación guerrillera. La sierra de Arlanza, con sus célebres cuevas y hondanadas fue su refugio favorito. Las gentes de los pueblos comarcanos, enterados de la decisión de Don Jerónimo, se unen entusiasmados a su partida. Campo de sus luchas fueron los pueblos de la comarca de Lerma, Roa y Aranda. Las tranquilas aguas del Arlanza y las riberas del padre Duero supieron de sus golpes de mano, de sus estrategias y de sus triunfos contra las huestes napoleónicas. Conocedor, como pocos, de la geografía de la región, desaparecía como por ensalmo de un poblado o monte



para aparecer horas después en otro impensado lugar. Su olfato de buen cazador adivinaba el paso de los convoyes franceses. Como acertadamente ha escrito un moderno escritor: «Reunía las mejores condiciones de jefe de partida: pulso certero, resistencia inconcebible y temple de acero... tenía grandes condiciones para la emboscada, para atacar, separar y pulverizar las concentraciones enemigas, y a medida que fue avanzando la guerra, reveló unas geniales condiciones estratégicas al mando de regimientos, divisiones y cuerpos de ejército» (Codón), como no ha tenido más remedio que reconocer el propio Pío Baroja en el retrato que, con negras tintas, nos ha pintado en su Avinareta. Merino era siempre el primero en el combate y manejaba a los hombres con un agudo sentido de la psicología del soldado, tanto del campesino como del intelectual. Andando el tiempo, como sus compañeros de lucha guerrillera, Espoz y Mina, El Empecinado y Marquín, llegó a capitanear más de seis mil hombres.

Como muy bien ha escrito un historiador inglés, Federico Hardman: «la disciplina y la instrucción de estas tropas no era tan escasa como se cree. Especialmente Merino era jinete apasionado y cuidaba mucho de la perfección de su caballería. Tenía verdaderos almacenes en los distritos montañosos de Burgos y Soria, manufacturas de trabucos y otras armas, y gran número de sastres, zapateros y guarnicioneros, que trabajaban de continuo, confeccionando los uniformes y arreos de sus húsares. Cuando sus tropas se ausentaban de estos sitios, todo este arsenal era encerrado en cuevas bien disimuladas y con entradas muy defendidas». Merino llegó incluso a crear una especie de Academia Militar». Sabiendo lo importante que es tener buenos soldados, se esforzó en formarlos y para ello fueron enviados a su partida al brigadier Blanco, con un grupo de oficiales superiores, para educar a los capitanes y subalternos que el mismo Merino elegía, casi todos ellos gentes cultas; muchos estudiantes de Facultad, como Don Ramón Santillán, oficial de la caballería de Merino, que luego llegó a ser Ministro de Hacienda y gobernador del Banco de España». Aún en los días de grandes marchas, cuando las tropas de Merino se detenían para dormir y las raciones estaban distribuidas, sonaba la corneta llamando a instrucción de oficiales y sargentos. De este modo —puntualizaba el escritor inglés— la partida había llegado a tal grado de eficacia, que se atrevía a atacar, y muchas veces con éxito, a grandes cuerpos de ejército enemigos».

El Cura Merino estaba en contacto directo con la Junta Provincial de Defensa de Burgos y no pocas veces se introdujo subrepticamente en la ciudad del Cid, ocupada por los franceses, vestido de pimentonero y montado en un sufrido jumentillo. Andando el tiempo sus correrías gue-

rrilleras tienen como campo de acción los pueblos de las provincias de Soria, Palencia y Valladolid, Según consta en sus hojas de servicios, conservadas en los Archivos del Servicio Histórico-Militar, cuya copia me ha sido gentilmente brindada por el General Carmelo Medrano, Subsecretario del Ministerio del Ejército, el guerrillero Don Jerónimo Merino Cob que empezó a servir a la Nación, sin empleo, el 10 de agosto de 1808; el 3 de mayo de 1809 obtuvo de la Junta Central el despacho de Comandante de la guerrilla denominada «Cruz de Capitán»; el 16 de septiembre del mismo año, fue recompensado con el grado de Capitán, el 7 de enero de 1810, con el de Teniente Coronel, y el 8 de agosto de 1811, con el de Coronel del Regimiento de Húsares Voluntarios de Burgos, de nueva creación. El 8 de junio de 1812, el General en Jefe del 7.º Ejército, Don Gabriel de Mendizábal le propuso para el empleo de Brigadier de Caballería, que le fue concedido por el Consejo de la Regencia, en 8 de agosto del mismo año, según un Real Despacho que figura en el citado expediente, firmado por el Duque del Infantado y Don José María de Carvajal.

De sus brillantes actuaciones guerreras y la fama de que gozaba, escribe Codón:

«Las célebres acciones de Quintana del Puente, Quintanar, Almazán, Covarrubias, Puebla de Sanabria, Grado, Zamarramala, Hontoria, Burgos y la batalla de Vitoria le conquistaron fama internacional y el enojo de Napoleón. En cambio Wellington le apreciaba en todo su valor y le regaló un caballo y un sable magníficos y cerámica y objetos personales como muestra de predilección, y el héroe de Bailén, Castaños, le distinguía entre los generales de su ejército y le nombró en 1813 gobernador militar de Burgos». El regimiento de caballería de los Húsares de Arlanza, por él reorganizado, se cubrió de gloria en la batalla de Arapiles. Concluida la guerra en los territorios de Castilla en 1813, con la ocupación de Burgos, sus leales se unen al ejército del Conde de España para liberar Cataluña.

Al regreso a Madrid del rey Fernando VII en 1814, el cura Merino visita al Monarca, el cual, en premio a sus relevantes servicios, le concede el nombramiento de Canónigo de la Catedral de Valencia. Esta prebenda eclesiástica le hizo poca gracia, ya que no se acomodaba a su carácter, y después de cinco años de ejercicio de esa dignidad canonical en Valencia del Cid, recaba de la autoridad competente que le permitan regresar a la vida tranquila del curato de Villoviado. El 16 de septiembre de 1816, se le concede la Cruz de 1.ª clase de la Real y Militar Orden de San Fernando, por méritos contraídos en la acción de Hontoria de Val-

dearados (16 de abril de 1812), según certificados del Duque del Parque y del General Medizábal y del Real Despacho de concesión.

De nuevo tenemos a Don Jerónimo entregado al oficio ministerial de Párroco de su pueblo. Ya no sueña con luchas ni escaramuzas. Los asuntos parroquiales y la distracción de la caza consumen sus jornadas diarias. Todos le quieren y aprecian. Se dedica en este tiempo a introducir mejoras en el pueblo y en la iglesia, a costa de su propio peculio. En este marco de paz pueblerina discurría la vida del antiguo cura guerrillero, cuando otra inesperada circunstancia llama a las puertas de su corazón cristiano y español. Las Cortes de Cádiz habían promulgado en 1812 una Constitución, imbuida de ideas liberales y, en muchos de sus capítulos, contrarios al espíritu católico tradicional de España. Al ser abrogada dicha Constitución por el rey Fernando a su regreso a la Patria, surgen en la Nación dos bandos que por imperativo patriótico habían luchado unidos durante la guerra contra el invasor francés. El grupo constitucionalista o liberal, al grito de «Constitución o muerte» declara la guerra al grupo absolutista que enarbola en su programa el lema de Patria y Rey». El monarca, sin autoridad definida, navega entre dos aguas. Se enciende en España la guerra civil. Los mismos que han luchado, codo a codo, contra Napoleón, van a medir sus armas en cruenta guerra fratricida.

El Cura Merino llevaba una vida tranquila en su pueblo natal. Corría el año 1820. Cierta día, el jefe político de Burgos le ordena que se presente en la capital para responder de ciertas denuncias que sus enemigos, los liberales le habían imputado. Presentóse a la autoridad burgalesa, aunque de mal gusto. Fue recibido de malas maneras y se le acusó públicamente de que estaba tramando la guerra contra la Constitución. Se le amenazó, de continuar con esas intrigas, con la pena de la cárcel e incluso de la horca. Merino, una vez más, calumniado y humillado públicamente con aquellas falsas imputaciones, llevado de su carácter fuerte y, sobre todo, movido de su amor a la religión y a la patria amenazadas por las leyes constitucionalistas gaditanas, regresa altamente dolorido a su pueblo y, acto seguido, toma la decisión de lanzarse de nuevo al campo de batalla. La noticia del levantamiento del Cura Merino corrió como un reguero de pólvora por toda aquella comarca burgalesa, y no pocos jefes y oficiales que anteriormente habían combatido a sus órdenes, se alistaron en sus guerrillas. Al poco tiempo tiempo contaba la «Merinada» con más de mil cuatrocientos hombres dispuestos a vérselas con muchos de aquellos que habían combatido juntos. Uno de sus más encarnizados enemigos fue el célebre guerrillero Juan Díez el Empecinado que en varias ocasiones estuvo a punto de caer en las manos del guerrillero burgalés. Las miras que le llevaron a hacer la guerra contra sus hermanos

españoles quedan clatamente reflejados en la proclama que dirigió a sus tropas acampadas en tierras extremeñas en la que invitaba —son sus palabras.— «a tomar las armas en contra de los que él llamaba revolucionarios, para exterminarlos, sacar la monarquía del cautiverio en que la tenían sumida los masones liberales, con perjuicio de su dignidad, así como en menoscabo de la religión de Jesucristo». Las tierras de Burgos, Valladolid, Segovia, Extremadura... supieron de sus correrías guerrilleras.

Los voluntarios realistas de Leima elevaron un escrito al rey Fernando VII en el que se hablaba de la «arriesgada empresa del inmortal, glorioso e impávido macabeo Don Jerónimo Merino», y el 19 de octubre de 1824, a requerimiento de las autoridades de Segovia que con anterioridad habían escrito al Monarca enalteciendo su leal comportamiento, el Barón de Eroles, Presidente de Clasificación de empleos, propone que se le confirme a Merino en el empleo de Mariscal de Campo, que le fuera concedido por la Regencia de Urgel en 29 de noviembre de 1822. El 12 de noviembre de 1824, el rey le concede a Merino, el Escudo de Fidelidad y la Cruz de Fidelidad Militar de 1.<sup>a</sup> clase.

El Cura Merino luchó en esta su segunda salida, no pocas veces, al lado de los llamados cien mil hijos de San Luis, mandados por el Duque de Angulema, que vinieron a España para restablecer el poder absoluto de Fernando VII. Las luchas fratricidas fueron poco a poco tocando a su fin, y Merino, con lágrimas en los ojos, dio la orden de la disolución de las tropas confiadas a su mando. He aquí algunos párrafos de la arenga que dirigió a sus soldados el 8 de febrero de 1824: «Soldados, compañeros míos. Apenas enarbolamos con la voz más pura de lealtad castellana el estandarte de Dios y de nuestro Soberano, se estremecieron los cobardes revolucionarios y tembló el Salón, taller de sus negras maquinaciones donde trataban de derrumbar el trono y sustituirle por la más horrible de las anarquías, con esa mentida libertad que la entienden en su particular provecho... Compañeros! siempre seré vuestro padre seré vuestro padre y vuestro amigo, a quien siempre hallaréis con la espada en la mano, cuando la anarquía y la religión peligren». Unos días más tarde, presentóse al rey, con el que se carteaba frecuentemente, rogándole que le autorizara a retirarse a su pueblo, como un particular. Vuelve a regentar la Parroquia de Villoviado.

Muere Fernando VII, y abolida la Ley Sálica establecida por Felipe V, por la cual se negaba el derecho a las mujeres para reinar en España, su hija Isabel II, niña de tres años, ocupa el trono del El Deseado, bajo la regencia de María Cristina de Borbón, partidaria acérrima de la línea política liberal. Estalla en seguida la guerra civil, bajo el pretexto de la cuestión dinástica, entre los liberales, partidarios de Isabel II, y los carlistas,

seguidores de la Tradición, que se agrupan en torno de Don Carlos V, hermano de Fernando VII y pretendiente al Trono. La guerra va a durar siete años.

El rey Don Carlos que conocía la historia y virtudes castrenses del Cura Merino, le escribe una carta, con el ruego de que tome las armas contra los liberales. Don Jerónimo se resiste, protestando sus muchos años. Pero la Junta Carlísta de Burgos solicita con insistencia que el General Merino tome bajo su mando todas las tropas carlistas de Castilla, pintándole esa guerra como cuestión de muy poco tiempo. El Párroco de Villoviado hace su tercera salida en 1833 al campo de batalla. Las sierras y mesetas castellanas, principalmente de Burgos, Soria, Logroño, Alava y Extremadura, fueron testigos de sus reveses y de sus triunfos. La suprema Junta Carlísta de Castilla le envía un Despacho Real a Ezcaray, en donde se encontraba acampado con sus tropas, en que el rey Pretendiente Carlos V le nombraba Teniente General. Merino tuvo una brillante actuación en los sitios de Bilbao y de Morella.

El 13 de noviembre de 1838, desde el cuartel general de Honor, establecido en las afueras de Burgos, dirige a sus tropas una circular, de la que copiamos unas frases en las cuales, una vez más, se transparentan los móviles de su participación en aquella guerra fratricida: «Soldados! La causa más santa y más justa ha reunido este brillante y numeroso ejército que veis a las puertas de la ciudad; la santa rebeldía de nuestros padres y el trono de España, tales son los queridos objetos que queremos poner al abrigo de la persecución de los monstruos infames de la iniquidad, que han llegado a apoderarse por segunda vez engañando traidoramente y aparentando dar su adhesión a la Augusta esposa y la hija de nuestro amado Soberano, que descansa en el seno de la divinidad».

La cabeza de Merino fue puesta a precio por los constitucionalistas liberales, según consta en un bando fechado en Valladolid. La causa carlísta va de capa caída. Merino abandona Castilla y se presenta al rey Don Carlos que residía en Portugal. El rey le nombra Comandante General del Ejército de Castilla la Vieja y la Rioja y condecora sus servicios con la gran Cruz laureada de San Fernando. Se inicia una nueva ofensiva contra las huestes liberales. Los pueblos y comarcas regadas por el Arlanza, Arlanzón y Duero saben de sus victorias. Merino se convierte, como en la pasada guerra de la Independencia, en el terror de los liberales. Pero inesperadamente, se firma el Tratado de Vergara entre Espartero y Maroto, y Merino no quiere adherirse a los acuerdos de aquel famoso abrazo, y hastiado de tales componendas, intrigas y ambiciones, sigue al Pretendiente Don Carlos al destierro y se exila en territorio francés.



## Merino en el exilio

Aunque el Cura Merino había luchado contra los franceses, su presencia en territorio galo no ofreció la menor dificultad, sino por el contrario se vió rodeado de atenciones y distinciones por parte de autoridades y particulares. Algunos grandes aristócratas franceses le brindaron sus palacios rodeados de montes de caza, pero él rechazó con delicadeza sacerdotal estas gerosas ofertas. Después de pasar unos días en Bayona, fijó su residencia definitiva en la patria chicha de Santa Teresita del Niño Jesús, buscando un absoluto retiro, como Capellán de unas monjitas de clausura. Allí llevó una vida sencilla y retirada. Oración y lectura fueron las armas que empuñó en estos años de destierro. Antiguos compañeros de lucha así como altas dignidades castrenses y sociales de Francia venían a visitarle, interesándose por los relatos de su vida guerrillera, pero siempre trataba de eludir la conversación sobre esos temas guerreros. Cinco años pasó en el exilio. No anidaba en su corazón el menor odio a los franceses y bien pronto comenzó a invadirle la enfermedad de una terrible nostalgia de la España de sus amores.

El día 5 de noviembre de 1844 comenzó gravemente a fallar su corazón. Confesó y recibió el santo viático de manos de un sacerdote español, y el 12 de dicho mes entregaba plácidamente su alma a Dios en Alençon, la ciudad de su destierro. Pobre nació y en medio de una franciscana pobreza murió, lo cual es un encendido elogio a su favor, si se tiene en cuenta los elevados cargos que desempeñó durante las tres campañas de guerra y los altos grados militares que ostentó. Las exequias se vieron rodeadas de gran solemnidad y presididas por las autoridades de la ciudad francesa y representaciones eclesiásticas de todas las parroquias circunvecinas. Tuvo la suerte de que sus funerales fueran oficiados por sacerdotes españoles que de esta forma quisieron honrar la memoria de su ilustre conciudadano. Fue enterrado en el Cementerio principal de Alençon. Manos piadosas francesas colocaban todos los años, en el aniversario de su muerte, un puñado de crisantemos sobre su tumba, como feruoroso homenaje al sacerdote de España.

Abierto el testamento del Cura Merino, firmado y sellado el 23 de diciembre de 1837 en la villa de Amurrio (Alava), todo su contenido respira honda preocupación por la salvación de su alma, y es un canto vibrante de su gran fe en Dios. Todos sus bienes los lega para fines piadosos, sin olvidar a sus familiares y amigos. Don Jerónimo Merino, al morir, pudo repetir en verdad los versos que Calderón de la Barca, pone en boca de Pedro Crespo, en su inmortal obra de «El Alcalde de Zalamea».

«Al rey la hacienda y la vida— se han de dar,  
Pero el honor— es patrimonio del alma  
Y el alma sólo es de Dios»

### Perfil humano y religioso del Cura Merino

Todos los grandes hombres de la Historia han tenido sus admiradores y detractores. La vida del Cura Merino ha constituido, en no pocos sectores de la intelectualidad española, un signo de contradicción y piedra de escándalo. Su condición de sacerdote y guerrillero le atrajo la incompreensión e incluso la maledicencia de muchos de sus historiadores. La historia de España del siglo XIX está, principalmente escrita, por escritores con ribetes liberales. Por eso no es de extrañar que le hicieran objeto de sus acerados tiros. Historiadores como Modesto Lafuente y Pírala, novelistas históricos como Pío Baroja y Benito Pérez Galdós suelen tratar con pasión no contenida de fobia, la figura del sacerdote guerrillero burgalés. Aunque no tengan más remedio que reconocer sus virtudes castrenses, sus dotes de mando y sus proezas, generalmente nos pintan un cura trabucaire, ignorante, sanguinario .. La vida del Cura Merino estuvo rodeada de otra circunstancia adversa que ha contribuido grandemente a falsear su conducta sacerdotal y guerrillera. Casi por la misma época en que vivió Don Jerónimo, otro Cura, llamado Martín Merino, el tristemente regicida, llevado de su espíritu alocado y paranoico atentó contra la vida de Isabel II y murió ahorcado. No han faltado escritores y escritorzuelos que erróneamente han relacionado la vida y extravagancias del fraile de Arnedo con el Párroco de Villoviado. Modernamente se han delimitado campos y se va haciendo justicia a la limpia y recia personalidad sacerdotal y castrense de Don Jerónimo Merino.

Aunque no descollara en el ejercicio noble de las letras, Don Jerónimo tenía una formación eclesiástica sólida, adquirida en las célebres Colegiata de Lerma y Abadía de Covarrubias, que gozaban por aquel entonces de gran prestigio intelectual. Durante sus años de actuación parroquial, una de sus ocupaciones favoritas era la lectura, lo que aumentó el acervo de su saber y cultura.

Merino no fue un sanguinario. Las circunstancias de las guerras en que se vió empeñado contribuían a que a veces se dieran excesos. Como muy bien observa Gregorio Marañón al enjuiciar este aspecto de crueldad con que se ha tildado a nuestro Cura, «debe recordarse que las tropas francesas y los numerosos regimientos extranjeros (principalmente los polacos) que servían bajo sus banderas, fueron los primeros en provocar a

los españoles, y con grado tal de ferocidad que atenúa, ya que no justifica, las represalias de los guerrilleros». Un ejemplo de esta fría crueldad y desprecio de la vida de los invadidos españoles a cargo de los polacos fueron los miles de guerrilleros asesinados, con sangre fría, después de la batalla de Ocaña, cuando eran conducidos a Burgos. Sus auténticos biógrafos nos han transmitido pruebas fehacientes de espíritu paternal y amante del perdón. No se ensañaba con los prisioneros franceses o liberales y a no pocos concedió inmediata libertad. Célebre es el caso del médico de Palenzuela, enemigo acérrimo de Merino, el cual al ser hecho prisionero, tras afearle su pésima conducta, le dejó en plena libertad. El destierro de Merino en tierra francesa y las atenciones de que fue objeto por sus antiguos enemigos de lucha, nos brinda otro testimonio evidente cerca del comportamiento humano y justiciero del sacerdote guerrillero.

El Cura Merino, tanto en su vida parroquial como en el campo de batalla, fue modelo de vida morigerada. He aquí el retrato que en este punto nos pinta Marañón: «En extremo prudente y sospechando asechanzas en todas partes, pasaba raramente la noche bajo techado, prefiriendo los sitios muy retirados del campo... Dormía sólo dos o tres horas, y ya estaba otra vez en disposición de inspeccionar sus campamentos o de acechar al enemigo, completamente descansado. Comía también muy poco y de los alimentos más simples, en parte por miedo de ser envenenado; jamás bebía vino, siempre llevaba consigo chocolate y la vasijilla para hacerlo».

Durante los azares de las guerrillas conservó siempre un espíritu religioso y sacerdotal. Hacía sus oficios litúrgicos y contagiaba a los que le rodeaban con la ejemplaridad de su vida. Tenía seriamente proscritas entre sus tropas la blasfemia, las palabras soeces, los chistes de mal gusto. No pocas veces, sus enemigos estuvieron a punto de apresarle, aprovechando la circunstancia de que estaba recluso en la iglesia de algún pueblo, haciendo sus rezos. Por eso, uno de sus modernos biógrafos, ha podido escribir: «Merino fue el guerrillero que más fervor religioso puso en la lucha. Campamentos austeros, vida asceta, rosarios a la luz de la hoguera, acariciando el trabuco» (Codón).

Merino tenía un corazón magnánimo. Era el padre de sus soldados, por lo cual le seguían y obedecían ciegamente. Los bagajes que apresaba a los convoyes franceses, con sus característicos golpes de mano, los remitía a las Juntas Provinciales de Defensa, al tiempo que hacía partícipes a todos los guerrilleros de sus partidas y a las poblaciones en donde acampaba. El General Merino, pese a su idiosincrasia guerrillera e independiente, mantenía estrechas relaciones con los mandos superiores de la Nación y de la provincia en donde vivaqueaban sus guerrillas.

El Cura Merino fue un verdadero Cruzado español. Las circunstan-

cías de la época que le tocó vivir en su Patria, para el tan amada, le llevaron a ser sacerdote y guerrillero, párroco rural y Mariscal de campo, canónigo y Teniente General, magnífico cazador y experto jinete. El retrato moral de este ilustre combatiente español está muy bien expresado en la leyenda colocada en la lápida pétrea de su sepulcro de Alençon; «Paratus fuit mori magis quam patrias Dei leges praevaricari», cuya tradición castellana es la siguiente: «Estuvo siempre dispuesto a morir antes que quebrantar las leyes de Dios y de la Patria», norma de vida que sugirió estas bellas frases, salidas de la pluma sincera y bien cortada de José María Codón, y con las cuales queremos cerrar con broche de oro estas nuestras palabras de reivindicación y exaltación del ilustre patriota burgalés, sacerdote cruzado de España: «Jerónimo Merino fue el nuevo Cid de Castilla. Sobre el horizonte de los alcores cárdenos de esta tierra, sobre el verde cortinaje de los pinares, no se recorta, como quería Machado, «la sombra de un gigante centauro flechador»... Hay dos sombras gloriosas que parecen abrazarse a orillas del Arlanza y del Duero; las sombras ecuestres del Cid y del Cura Merino, estampas vivas de la fibra de la raza sobre el cielo infinito de Castilla, cuando los huesos de ambos descansan, por fin, muy cerca unos de otros, en el mismo pedazo de la tierra española».

P. ESTEBAN IBAÑEZ, O. F. M.